

**EL CUENTO
DE NUNCA ACABAR**

Los años pasan, despedimos siglos, celebramos el final de milenio, y sin embargo, las oscuras golondrinas vuelven cada primavera en nuestro balcón sus nidos a colgar, las mismas que aprendieron nuestros nombres, pero lo cierto es que un profano en asunto de pájaros y aun un ornitólogo aficionado no sabrían distinguirlas bien: igual plumaje (a veces se diría que plumero), semejante tamaño y proporciones y la misma testarudez de anidar en nuestro alféizar y golpear el cristal fastidiosamente con el ala. Al cabo, esta migración de negrasavecillas de ida con retorno es, como la vida misma, el cuento de nunca acabar.

Pero por el momento celebramos todavía la gran primavera del cuento, del relato corto, de la narración breve, de la conseja, un género de dudosa poética que no sólo ha vuelto ahora a cultivarse en abundancia por consagrados y advenedizos autores y a publicarse por prestigiosos y marginales sellos editoriales, sino que también ha ganado algo de la atención del público no iniciado o, al menos, ha ganado algo de su dinero.

Al hilo de esta novedad se discute otra vez en revistas especializadas y cenáculos de diletantes qué extraña cosa es el cuento. Repátese la Historia de la Literatura y se advertirá que, como en cualquier otro género, hay grandes próceres —de éstos que sólo los iconoclastas más fanáticos se atreven a cuestionar— productores de relatos breves bien dispares.

Yo, por supuesto, como bien nacido y agradecido que soy, pienso que los míos, mis maestros, son los más ortodoxos, y que el modelo de cuento que he ensayado en mi único libro, *Los os-*



Los oscuros
Luis G. Martín
Alfaguara

Luis GARCÍA MARTÍN

Sorpresa ha causado la publicación por parte de Alfaguara de Los oscuros, libro de relatos que ha dado ha conocer a un escritor novel: Luis G. Martín. La importancia del libro radica en que, acaso por primera vez en muchos años, el cuento está tratado como si se tratase de un género mayor, capaz de registrar un universo autónomo que no tiene nada que envidiar a la novela.

curos, es el ejemplar. De la fortuna o desfortuna de mi ejercicio literario no hablaré por prudencia, pero me atreveré sin ella a defender los postulados teóricos de la tradición —por lo demás bastante heterogénea— de la que nació.

Supone esta tradición, en primer lugar, el convencimiento de que el relato breve no es una novela de escasas páginas, aunque la novela sí pueda ser en ocasiones un relato breve nada breve. Supone la estructura de fábula moral, que en los tiempos que corren no tiene que ser vieja usanza. Supone la unidimensionalidad y la falta de matiz en personajes y situaciones, concebidos y desarrollados expresiva y no descriptivamente. Supone la arquitectura esférica, de relojería, aparatosa o simple pero siempre despojada de flecos y ornamentos. Supone la simplificación máxima del ingreso del lector en el universo presentado, la depuración de burocracias retóricas y la fijación

inmediata de las coordenadas situacionales básicas. Supone, por fin, el final, el desenlace, inesperado y sorprendente, que manifiesta el sentido último de la narración o su juego paradójico. Lo demás, los artificios lingüísticos y las recurrencias técnicas, son pan para hoy y hambre para mañana o su viceversa.

Toda esta poética está en Borges y en Cortázar (o en el Borges y en el Cortázar que a mí me interesaron más), pero antes estuvo en los libros de cuentos orientales, en don Juan Manuel, en el Arcipreste de Talavera, en las novelas insertadas dentro de *El Quijote*, en Boccaccio, en Chaucer y, sobre todo, en el *Antiguo Testamento*, que sigue siendo el mejor y más imitado libro de cuentos jamás escrito. Pero es en la hidrografía, y no en la literatura, donde cabe mejor el estudio de fuentes.

Qué es el cuento, pues, sino una tupida madre selva que vuelve de nuestro jardín las tapias a escalar? Y tú me lo preguntas?